

Un hombre de Dios

Pedro Lombardía

intentos de comenzar y cada uno parecían muy pobres. Hay algo, sin embargo, que aparece en cada uno de ellos: el título. Y en este enésimo intento aparece de nuevo. Creo que no se puede resumir de manera más breve y sencilla lo que fue aquel sacerdote que murió en Roma el 26 de junio, dejándonos llenos de sereno dolor a miles de hombres y de mujeres de los más diversos países, que nos llamamos —porque lo somos— hijos suyos. Mons. Escrivá de Balaguer era —es ahora más que nunca— un hombre de Dios.

Una vigorosa personalidad

Fijemos primero nuestro recuerdo en su perfil humano. Tenía una recia, vigorosa, cálida humanidad. Yo, al menos, nunca he conocido a otra persona como él.

Era enérgico, perseverante, lleno de reciedumbre y, al mismo tiempo, tenía una gran delicadeza de corazón y una extraordinaria ternura. Un hombre recio y de finísima

Publicado en «Nuestro Tiempo» n.º 257 (1975) 371-383.

He emborronado muchos folios intentando escribir este artículo sobre la personalidad de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Folios que reflejan diversos intentos de comenzarlos y todos me parecen muy pobres. Hay algo, sin embargo, que se repite en cada uno de ellos: el título. Y en este enésimo intento aparece de nuevo. Creo que no se puede resumir de manera más breve y sencilla lo que fue aquel sacerdote que murió en Roma el 26 de junio, dejándonos llenos de sereno dolor a miles de hombres y de mujeres de los más diversos países, que nos llamamos —porque lo somos— hijos suyos. Mons. Escrivá de Balaguer era —es ahora más que nunca— un hombre de Dios.

Una vigorosa personalidad

Fijemos primero nuestro recuerdo en su perfil humano. Tenía una recia, vigorosa, cálida humanidad. Yo, al menos, nunca he conocido a otra persona como él.

Era enérgico, perseverante, lleno de reciedumbre y, al mismo tiempo, tenía una gran delicadeza de corazón y una extraordinaria ternura. Un hombre recio y de finísima sensibilidad.

Su inteligencia era clara, penetrante; tenía, por ello, una visión amplia, de dilatados horizontes, que le permitía ir al núcleo mismo de las cuestiones ver lo fundamental sin perderse en lo accesorio. Pero, al mismo tiempo, era muy grande su capacidad para advertir los más pequeños detalles en las personas y en las cosas.

Porque se daba cuenta de lo grande y de lo pequeño y era extraordinariamente sensible, estaba dotado de una inagotable capacidad de sufrimiento. Sufrió, en efecto, mucho, pero su dolor iba siempre unido, no sólo a una continua sonrisa, sino a una radical alegría. Le he visto llorar algunas veces y le he visto, sobre todo, cantar y reír en muchas ocasiones.

Quería apasionadamente a todas las personas, a todos los países, al mundo entero en que vivimos y demostraba su amor con obras y con una extraordinaria delicadeza en el trato. Yo no sé de nadie que haya querido como él.

Era un hombre universal, en sus ideales, en su trabajo, en sus afectos; pero este hombre universal, cuyas palabras llegaban directas, sin rodeos, hasta el fondo del alma de personas de muy diversa formación, de los más variados temperamentos, de cualquier raza o país, y que había estado fuera de su región natal la mayor parte de su vida, no era un hombre desarraigado: hasta su muerte conservó los rasgos del carácter de los aragoneses y el acento de su tierra.

Iba deprisa, en su caminar de paso vivo y en su trabajo de increíble eficacia, y, sin embargo, todo lo hacía con esa calma que es necesaria para hacer las cosas bien, calando hondo en lo que significan.

Sonreía, abrazaba, decía divertidísimas ocurrencias llenas de buen humor, incluso cuando hablaba de los asuntos más serios. Era muy espontáneo en sus palabras y en sus gestos, pero nunca perdía la dignidad de su

innato señorío. Trataba cordialmente con toda clase de personas y a todos inspiraba, al mismo tiempo, confianza y respeto.

Escribía y hablaba con gran elegancia literaria, en un castellano noble y rico y, al mismo tiempo, sencillo, transparente, que todos podían comprender. Cuando hablaba, todo, hasta lo más sabido, cobraba vida, tenía una fuerza y un vigor que llevaban a descubrir a quien lo escuchaba nuevos matices, aunque se tratara de ideas —e incluso de frases literales— que se hubieran oído antes, a él mismo, en otras ocasiones. Al hablar, improvisaba con frecuencia, a veces al filo de una pregunta surgida de los labios de cualquiera de los que le escuchaban. Entonces sus palabras, pronunciadas con total despreocupación por la forma, volcados el corazón y la mirada hacia el interlocutor, tenían la misma elegancia literaria que sus más meditados escritos.

Era optimista, alentaba siempre a ser mejores y más alegres y ello sin rehuir las dificultades y los problemas, sin ignorar la mediocridad y el pecado, sin escamotear el hecho tangible del dolor humano. Enseñaba a vencer las dificultades con renovado impulso, a volver a comenzar siempre en la lucha por superar los defectos personales, a sufrir con alegría.

Actuaba con una soberana libertad, sin que le atemorizara nada ni nadie, con una gran valentía, al mismo tiempo gallarda y sencilla. Y al manifestarse con diáfana claridad, sin la menor concesión a los respetos humanos, sus acciones, sus palabras y sus gestos, que fluían de modo tan natural, jamás eran ofensivos para nadie, siempre estaban en delicada sintonía con el Magisterio de la Iglesia y tenían una increíble coherencia. Todos sus textos, antiguos o recientes, escritos por él con detenimiento y cuidado o recogidos por quienes le escuchaban cuando hablaba

improvisando, reflejan una profunda unidad de doctrina y de vida.

Instrumento de Dios

Al releer lo que he escrito hasta ahora veo con claridad que también este intento de describir algunos rasgos de la personalidad humana, sobre la que se asentaba la paternidad espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, ha tenido escaso éxito. Mis palabras difícilmente pueden reflejar esa vigorosa personalidad, que captaron sin duda cuantos le conocieron y que ciertamente no puede intuir, leyendo un artículo mío, quien no haya tenido la fortuna de tratarlo. No voy, sin embargo, a añadir estos folios al montón de los que reflejan anteriores intentos. Para seguir adelante me tranquilizo pensando que escribir sobre su perfil humano es muy difícil, entre otras razones porque resulta prácticamente imposible separar al hombre de la gracia divina, que parecía hacerse «visible» —pese a ser por definición invisible— en todas las facetas de su vida. También resulta muy difícil desligar la personalidad humana de Mons. Escrivá de Balaguer, de la Obra, para cuya realización en la tierra fue instrumento fidelísimo de Dios.

Porque esto es, en definitiva, lo fundamental: Mons. Escrivá de Balaguer fue el instrumento escogido por el Señor para la fundación de una asociación que es —literalmente— Opus Dei. Es importante detenernos en el alcance que en este caso tiene la palabra fundación.

Desde su adolescencia barruntaba, como él decía, que Dios quería confiarle una misión, pero desconocía de qué se trataba en concreto. Fueron años en los que Dios fue preparando aquella alma, que correspondía con la radical entrega de dar un sí anticipado a una llamada aún incon-

creta. Rezó mucho, pidió ver con claridad la voluntad divina, recibió la ordenación sacerdotal, ejerció el ministerio abnegadamente en Aragón y en Madrid y siguió esperando que el Señor le hiciera ver sus designios.

Y una mañana de otoño madrileño, el 2 de octubre de 1928, conoció con claridad en qué consistía la tarea de santificación y apostolado para cuya realización había escogido el Señor como instrumento a un sacerdote de veintiséis años, que sólo tenía entonces —como él mismo ha confiado en alguna ocasión a sus hijos— «gracia de Dios y buen humor». Ya estaba fundado el Opus Dei, viejo y nuevo como el evangelio, ya era universal en el alma de un joven sacerdote, sobre quien había recaído la responsabilidad de cumplir un designio divino.

Y que de esto se trata —de cumplir la voluntad de Dios manifestada al Padre aquel día— es algo integrado hoy, con increíble naturalidad, en las vidas de miles de personas de ochenta nacionalidades distintas, que saben que su vocación no es un programa de vida discurrido por unos hombres con rectitud de intención o unos hermosos ideales que hubieran brotado de unos corazones generosos. **Esto** —como se lee con claridad meridiana en el n. 942 de *Camino*— **es mucho ... pero es poco**. Saben que cumplen **un mandato imperativo de Cristo**.

Desde aquel 2 de octubre de 1928 el Opus Dei, definitivamente perfilado, fue haciéndose realidad en este mundo, ante todo en el alma de su fundador. De aquí que la historia de la gracia divina actuando en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer y la de su heroica correspondencia a la acción del Espíritu Santo no puedan distinguirse de la historia del Opus Dei. Se comprende también que los miles de mujeres y de hombres que hoy tratan de vivir la vocación al Opus Dei, pese a las debilidades y flaquezas personales, sean, en el sentido más estricto de la palabra,

hijos de la oración y mortificación de Mons. Escrivá de Balaguer; es decir, «hijos del Padre». Lógico es igualmente, que la fuente inmediata y concreta en la que se han formado espiritualmente —y se formarán hasta el fin de los tiempos— los miembros del Opus Dei, sea la vida interior del Padre. Por ello, desde la fundación del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer ha vivido en la presencia del Señor, acompañado del clamor de lo que yo me atrevería a llamar —perdón por la deformación profesional de jurista— la oración «en blanco» de sus hijos: «Señor, te pido lo que te pida el Padre». Y esta oración, que procede por vía de reenvío, como algunas normas de Derecho Internacional Privado, le acompaña ahora en la oración que está haciendo, cara a cara, en la presencia del Altísimo.

Obras son amores

Se lee en el punto 933 de *Camino: Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración Jesús, te amo, oyó esta respuesta del cielo: Obras son amores y no buenas razones. Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche?.* Algunos de los hijos de Mons. Escrivá de Balaguer sabemos muy bien que el hecho aquí relatado es rigurosamente histórico y que —en este texto, como en algunos otros— *Camino* es delicadamente autobiográfico. Lo que tan breve y discretamente se relata en las palabras citadas, ocurrió un día en los años de la II República española, junto a la reja de clausura de la iglesia del Patronato de Santa Isabel de Madrid, cuando el Padre daba la comunión a las religiosas de aquella casa.

«Obras son amores y no buenas razones». ¡Qué bien correspondió el Padre a esta gracia divina! Su vida santa

estuvo cuajada de obras; obras de oración, de mortificación, de trabajo agotador, de entrega a Dios y a los hombres. Desde el día de su muerte, he recordado muchas veces este hecho de la vida del Padre y su correspondencia a lo que él llama —en el texto de *Camino* que acabamos de recordar— **cariñoso reproche**. Y lo he puesto en relación con unas palabras del Apóstol Juan, utilizadas durante siglos por la liturgia de la Iglesia, en las misas de difuntos: «Oí una voz del cielo, que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras les acompañan» (Ap 14, 13).

¡Podrían escribirse tantas cosas —y se escribirán sin duda— sobre las obras del Padre! Yo ahora sólo me atrevo a subrayar algunos aspectos.

Ante todo, que en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer distinguir vida interior y obras no tiene sentido. El vivió siempre esa unidad de vida, que ha inculcado a sus hijos y que constituye un punto básico de su doctrina espiritual. Sus obras todas fueron oración. No es ésta una afirmación retórica, sino un testimonio en el que me comprometo con toda la rotundidad que a mí personalmente me es posible. Le conocí en el verano de 1947; le vi por última vez el 16 de abril de este año. A lo largo de esos veintiocho años he tenido bastantes oportunidades de tratarle. Le he visto rezar, predicar, trabajar, hablar; le he tratado a solas y estando en grupos reducidos o en reuniones a las que asistían muchedumbres. Siempre, sin excepción alguna, era evidente que vivía en la presencia del Señor, que elevaba continuamente el corazón al Cielo, que todas sus obras eran un acto de adoración a Dios Uno y Trino, un delicado requiebro a la Virgen Santa María, a la que tanto ama. El contenido del punto 271 de *Camino* es, ciertamente, aplicable a los actos todos de la

vida de Mons. Escrivá de Balaguer: **Decía un alma de oración: en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo.**

Pero además, su oración —y dedicó muchas horas de su vida exclusivamente a la oración— era trabajo intensísimo, entrega rendida de todas sus fuerzas. La Santa Misa era también para él —como dijo en una ocasión— **Opus Dei, trabajo de Dios. Y añadía: Trabajo mío, no, porque es Cristo quien la dice. Pero yo me canso. Muchos días, me canso, me canso. No de decir la Santa Misa: ¡querría estar todo el día diciéndola!, pero me quedo rendido, sin fuerzas.**

Este modo de actuar en todo orden de cosas, esta unidad de vida, es un tesoro que transmitió a sus hijos. Enseñó a trabajar mucho, con intensidad; exigió siempre que el trabajo estuviera bien hecho, no admitía **chapuzas**, como él solía decir. Pedía que el trabajo, ofrecido a Dios, tuviera perfección humana. Por ello, pienso ahora —recordando el texto del Apocalipsis que citaba hace poco— que, en el momento de su muerte, Mons. Escrivá fue doblemente bienaventurado, porque le acompañaban sus obras, y también las de sus hijos, hechas como él nos había enseñado, y muy frecuentemente ofrecidas al Señor por las intenciones del Padre.

Enseñó fundamentalmente eso, que la vida estuviera cuajada de obras de oración, de mortificación, de trabajo profesional, bien hecho, por amor a Dios. Y esta enseñanza era también vida, no teoría abstracta; sus palabras eran tan concretas como su ejemplo. No cabe duda de que el gran volumen de textos que nos ha dejado Mons. Escrivá de Balaguer —sus publicaciones, los documentos que redactó para sus hijos, sus cartas, tantas palabras amorosamente recogidas de su enseñanza oral— constituyen una

fuelle importantísima de doctrina sobre la que trabajarán teólogos, estudiosos de la espiritualidad cristiana, historiadores, canonistas... Se tendrá que poner de relieve la importancia doctrinal de la aportación de un hombre que predicó la vocación universal a la santidad desde 1928, mucho antes de que fuera explícitamente recogida en los documentos del Concilio Ecu­mérico Vaticano II, como ha subrayado el Cardenal Baggio en un denso artículo, publicado al cumplirse un mes desde la muerte del Fundador del Opus Dei. Pero no es mi propósito hoy hablar del contenido doctrinal de sus enseñanzas. Quiero recordar, sencillamente, que el Padre enseñó lo que vivió y que enseñó a vivirlo, de una manera concretísima, con un lenguaje vivo, plástico, ejemplificando. Con la fuerza de su ejemplo y de su palabra arrastró a miles de personas al trato confiado con Dios que es nuestro padre, a la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad y de la Humanidad de Cristo, a la adoración de Jesucristo en el sagrario, a encontrar en la Misa el centro de la vida interior, a amar a la Santísima Virgen y a San José, a tratar confiadamente con los Santos Angeles Custodios, a ser fieles a la Iglesia y al Papa, a trabajar mucho y bien...

Las obras de Mons. Escrivá de Balaguer, al mismo tiempo muy sobrenaturales y humanísimas, le acompañaron ciertamente el 26 de junio, cuando murió en el Señor.

Ocultarse y desaparecer

Al contemplar ahora lo que ha sido su vida, bajo el peso de tan grandes responsabilidades y en la que tanto tuvo que sufrir, impresiona recordar su paz, su profunda alegría, su contagioso buen humor. La razón más inme-

diata puede encontrarse en su vigorosa personalidad; la más profunda, la verdadera, en su recia y sincera humildad.

Cuanto le conocimos podemos aportar multitud de testimonios. Era una humildad sencilla y patente, que le llevaba a encontrar su seguridad y su fuerza en la filiación divina y en el amor a la Virgen.

Consciente de la grandeza de la misión que Dios le había confiado, se consideró siempre un instrumento, como dejó escrito en uno de sus documentos, redactado en 1934. Y encontró la razón de que Dios le hubiera escogido, precisamente a él, en estas palabras de San Pablo: «...ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; ha escogido a los flacos del mundo para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellos que no eran nada, para destruir a los que son» (1 Cor 1,27-28). La profunda meditación de la Sagrada Escritura le llevaba a una convicción que él expresó en multitud de ocasiones, con diversas frases, generalmente rebosantes de buen humor; sirva esta sola como botón de muestra: **así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso.**

Evitó siempre que pudo el ruido, el lucimiento personal: **lo mío es ocultarme y desaparecer**, dijo en más de una ocasión y lo vivió siempre. Se consideraba un pecador; **un pecador que ama a Jesucristo**, decía de sí mismo con frecuencia. Y en consecuencia, pedía con fervor y confianza la misericordia divina. Recuerdo con particular emoción la fuerza con que nos habló a un pequeño grupo de hijos suyos, el 14 de octubre de 1971, alentándonos a pedir —y era evidente que así lo hacía él en aquellos momentos— la misericordia del Señor con la fe de los

patriarcas, de los profetas, del centurión... (las imágenes bíblicas, surgían, una tras otra, en sus palabras); y añadió: **que Dios nos ponga en la boca las palabras adecuadas para arrancarle la misericordia.**

Y esta búsqueda de la misericordia divina se concretaba, muy especialmente, en su amor al Sacramento de la Penitencia —sobre el que tanto predicó— y que recibió, durante toda su vida, con mucha frecuencia, al menos una vez cada semana.

Nuestra madre la Iglesia

Recuerdo que en marzo de 1946, cuando aún no había cumplido los dieciséis años ni había conocido a Mons. Escrivá, comencé a leer casi todos los días algunos puntos de *Camino*. Creo que comencé a entender algo del amor a la Iglesia cuando encontré, con verdadera emoción, estas palabras: ***Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam...!*** Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: **Creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...** (n. 517). Y estas otras: **Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón** (n. 573). Veía entonces que el amor al Papa no era cosa que había que luchar por adquirir; sencillamente, se tenía y se agradecía a Dios. Estoy seguro de que el Señor puso en mi corazón la semilla del amor al Papa, mientras le daba gracias, leyendo estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer. En aquella época, meditando el n. 520 de *Camino*, comencé a tener la ilusión de ir a Roma.

En septiembre de 1949 fui a Roma por vez primera. El mismo día en que llegué, el Padre me llevó a visitar la Basílica de San Pedro. Nos arrodillamos ante el Altar de la Confesión y recitamos el Credo. En el momento oportuno

tuno, modificando levemente el texto habitual castellano del Símbolo de los Apóstoles, el Padre repitió tres veces —y yo con él— estas palabras, que después tendría ocasión de oír de sus labios muchas veces: **Creo en mi madre la Iglesia Romana.** Aquel día, al salir de la Basílica, poniendo mucha fuerza en sus palabras, me habló del amor a la Iglesia y al Romano Pontífice con gran sentido sobrenatural. Continuaba así esa tarea de catequesis, que había comenzado conmigo tres años antes, cuando aún yo no le conocía, por medio de *Camino*.

Esta enseñanza fue, a partir de entonces, continua. No sabría decir cuántas veces —¡fueron tantas!— me habló de amor a la Iglesia y al Papa. Nunca olvidaré aquel 19 de marzo de 1966 en el que estuvimos un rato con él en Roma tres hijos suyos, que nos ocupamos profesionalmente del estudio y la enseñanza del Derecho Canónico. Nos habló, con gran claridad, profundidad y sentido sobrenatural, del espíritu de amor a la Iglesia y a la justicia con que debíamos realizar nuestro trabajo profesional. Y este mismo año, unos tres meses antes de su muerte, con ocasión de un viaje mío a Roma, acudí a despedirme de él, antes de regresar a España. Hablamos unos minutos. Yo le contaba algunas cosas de mis actividades en Roma aquellos días. Me interrumpió —como anteponiéndolo a todo lo demás—, para preguntarme si había ido a ganar el jubileo del Año Santo.

Perdón por haberme detenido en recuerdos personales; pero no sé cómo es posible hablar en pocas líneas del gran amor de Mons. Escrivá a la Iglesia y al Romano Pontífice, fuera quien fuera (en el tiempo en que yo le he tratado han ocupado la silla de Pedro Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI). Toda su vida fue un servicio a la Iglesia, lleno de sacrificio y en el que no faltaron incomprendiones muy dolorosas.

Era llamativo ver cómo un hombre, que sabía de manera tan clara que su tarea le había sido confiada por Dios, se preocupaba con ejemplar delicadeza de los sucesivos actos de la autoridad eclesiástica, que jalonan la historia jurídico-canónica del Opus Dei. ¡Cuánta oración y cuánto trabajo antes! ¡Qué alegre acción de gracias a Dios después de cada uno de ellos!

Los últimos años de la vida del Padre han sido —es bien sabido— años de crisis para la Iglesia santa. Los vivió, poniendo en juego toda su capacidad de amor y sufrimiento, toda su fortaleza y toda su piedad. Su oración por la Iglesia era continua. Su espíritu de fe y de desagravio aparecía continuamente. Celebraba la Santa Misa, ofreciéndola por la Iglesia cada día. Mendigaba oraciones para que él fuera leal a la Iglesia; **en estos tiempos de deslealtad**, añadía a veces con profundo dolor. Parece como si Cristo hubiera querido que la oración de los años de plenitud espiritual de un alma tan santa, fueran dedicados exclusivamente a su Esposa, que pasa momentos de tribulación. Y en esa oración continua fue madurando el acto de ofrecimiento de su vida por la Iglesia.

Una caricia divina

El ofrecimiento de su vida por la Iglesia fue aceptado por Dios el 26 de junio de 1975. Murió instantáneamente, con sobrecogedora sencillez.

Entre mis recuerdos personales de Mons. Escrivá de Balaguer, se cuenta uno particularmente entrañable, que arroja ahora viva luz sobre el sentido del modo en que él murió.

En la tarde del 14 de febrero de 1972 llegué a Roma, con motivo de un viaje profesional. Pocos días antes, el 8

del mismo mes, había muerto mi hermano Vicente de un infarto de efecto fulminante. En cuanto llegué a Roma, fui a ver a Mons. Escrivá. Me recibió en cuanto supo que yo había llegado. El conocía a mi hermano desde hacía mucho tiempo, sabía de su vida entregada y del sentido sobrenatural con que había llevado, durante años, una enfermedad que no ponía en peligro su vida, pero que era particularmente difícil de soportar con serena aceptación de la voluntad de Dios. También estaba informado de la noticia de su muerte. No hicieron falta, por tanto, muchas palabras.

En aquella ocasión el Padre me trató con particular afecto y, comentando la muerte repentina de Vicente, me dijo que, cuando las almas ya estaban maduras para el Cielo, el tránsito podía ser muy sencillo, bastaba **una caricia divina**.

Desde que murió el Padre, he recordado con frecuencia aquella bellísima expresión, que me dijo el 14 de febrero de 1972 y que ahora le es aplicable, a él mismo, con absoluta exactitud.

El 26 de junio de 1975 el Señor aceptó el ofrecimiento que de su vida había hecho Mons. Escrivá de Balaguer, al mismo tiempo que le diría lo que —en frase que también he oído al Padre— podemos considerar la fórmula de canonización del Evangelio: «¡Bien, siervo bueno y fiel!» (Mat 25,21; 23). No hizo falta una enfermedad. Bastó una caricia divina.